

### Algo sobre la poesía

Durante años he dejado de escribir. Me transformé en una excelente persona. Gané dinero (no mucho). Cursé otra carrera. Viví en parte desde la piel hacia el exterior. Aumenté varios kilos. Era un señor extraño para mí mismo, un señor que se ajustaba la corbata delante del espejo, escribía cartas profesionales, alegatos jurídicos, planes para transformarse en un buen abogado.

Por allí, en un rincón, en un cajón que nadie osaba abrir, dormía mi piel antigua, o mejor, mis *entrañas*, lastimosamente amontonadas. A veces, con la punta de los dedos, separaba las hojas, releía un instante y luego, cuando aquel dichoso animal me miraba con sus ojos ausentes, estremecido lo volvía a enjaular.

Continuaba viviendo, pero me faltaba algo. Y sin embargo la gente me encontraba meritorio: era alguien que progresaba. Con una vida así, a la larga se juntan cosas y a la larga se muere rodeado de parientes que se disputan esas cosas.

Un día vino un prestigioso señor a dar charlas sobre literatura y por circunstancias que no recuerdo tuve que abrir la jaula y mostrarle el animal. Dijo que sus cualidades eran buenas y se publicaron. Parte de la bestia tomó forma de libro y anduvo por ahí. Su aventura prosigue, pero algo había ocurrido a su guardián. La piel cambiaba de nuevo...y las *entrañas*. Aquel misterio de neblinas y de noches árdidas flotaba otra vez alrededor de cada uno de sus pasos.

Ya no fui el guardián. Las fuentes del misterio (odio, amor, angustia, muerte, injusticia, delirio) volvieron a mis venas. Tal vez nunca las habían abandonado y vivían allí subterráneamente. La poesía había sido una desesperada búsqueda de absoluto sin dios, una angustia propia, o ancestral, o transferida por otros, una oscura certidumbre de que nada vale la pena o de que esto, en todo caso, está mal hecho.

Renegar, patear, gritar enfurecido, pueden ser una musa. El amor tampoco es plenitud pues cuando dejaba de ser animalidad era algo tan delicado que podía trizarse al primer golpe o, en último término, algo que una vez definido viviría por sí solo. El odio y el amor eran una sola cosa, o elementos fundidos de pronto. Y si esto estaba mal hecho, había un sólo responsable: una especie de dios oligarca a quien o se ama o se odia. Renegar era parte de la musa y una especie de autocastigo por despreciar al dios de todos. Entonces había que renegar de otras cosas para ser imparcial: y en otra poesía de adolescencia (Evacuación a la poesía) repudié a ese perro que me había acompañado como una sombra. Porque la poesía puede ser afectación y entonces hay que matarla antes de que termine por cubrirnos de moho.

Yo vivía como tantos, pero algo me trabajaba interiormente. Estaba descubriendo otra veta: la vulgaridad que nos empapa a diario, nuestra caparazón ridícula, nuestras muecas absurdas, los afanes torpes del hombre, los nuevos dioses que se disputan sus afanes. Nuestro esqueleto esencial de humanidad se halla recubierto por un ropaje de estupidez y conformismo y cierta poesía tiene sus dividendos en ese negocio. Es un producto que se consume por parte de ciertos espíritus delicados en el momento oportuno. Son los nuevos mecenas el poeta no debe ofenderlos para sobrevivir como poeta, es decir, para escalar posiciones. Porque, al parecer, la poesía es una actividad como cualquiera otra, susceptible de ser mejorada por las relaciones públicas. Y he allí el nuevo objetivo: mi dios oligarca se había multiplicado. Podía ahora atacarlo en diversos terrenos. Pero no con poesía poética ni con poemas de orfebre. Tal vez con cierta ironía llana (lo sutil no está a mi alcance), con cierto manejo del absurdo condimentado con palabrotas y giros vulgares. El trasfondo es una visión pesimista del mundo. No pienso como alguien que esa bestia camina dolorosamente hacia la perfección. Nadie podrá quitarnos el equipaje de hipocresía y egoísmo que despachamos antes de cada viaje. Si me enrolo en tendencias políticas de izquierda, ellas transportan el mismo equipaje, con distinto rótulo. Todos señalan los males pero las soluciones parecen remiendos de papel. La vanguardia de mi risible ataque se llama "Veinte poemas feos". Lo que viene detrás, no ha nacido aún. Pienso que el ser humano está marcado por un torpe desequilibrio. Lo cual no quita que la vida pueda ser hermosa. Lo es sin duda para quien saboréa un rico asado sin preguntarse qué pina del asunto la vaca

En la vida hay mucho de rescatable, aun para seres que se despedazan diariamente y que en cualquier momento pueden producir el suicidio del mundo.

Algo que me cautivó y me dejó su marca fue una novela que leí a los 16 años "El extranjero". Camus, en sus páginas luminosas, nos sugiere mirarnos un poco para ver qué somos: si lo que pensamos de nosotros mismos o lo que queda después de quitado lo que pensamos. A partir de ese momento, toda felicidad llevará gruesas muletas. Por entonces había leído algo de Nietzsche. Al lado del otro, me pareció un genio resentido. Y pienso ahora que tal vez un simple desengaño amoroso puede montar todo un sistema de filosofía...cuando el amor propio es el más grande amor. En esa misma época apareció también Kafka, con sus caricaturas (o fotografías?) fantasmales, mostrando las trampas del hombre y lo irrisorio de las jerarquías y procedimientos. Alguien dijo que el "cielo" puede ser un castillo kafkiano. Y en cuanto al problema de la memoria y los recuerdos, allí está presente Proust y su búsqueda del tiempo perdido.

En fin, esos autores y otros semejantes (sin olvidar a Neruda y sus destru

ciones) alimentaron las primeras poesías y seguramente también las otras.

El socialismo me impresionó a partir de los 18 años, a excepción de los socialistas. Pero recién ahora una poesía de tipo social se insinúa.

La poesía surge de una necesidad íntima. Es una forma medular de vida, al revés de la vida funcionaria, que fabrica sonrisas o gestos a tono con las exigencias circunstanciales. La vida funcionaria me muestra su cadaver todos los días a través del derecho, lo cual no significa que el derecho sea algo despreciable: sin él nos habríamos devorado mutuamente hace tiempo.

La poesía es un impulso ciego y desinteresado: es lo contrario de las transacciones comerciales. Nace y muere en el mundo de la expresión. Pero no tiene solución de continuidad en la vida de quien la alberga. El poeta sigue siendo poeta inexpresado hasta cuando va de picnic, e incluso cuando dice o escucha imbecilidades.

La poesía se va condensando en la mente, va madurando como un fruto. Cuando cortamos el fruto antes de tiempo, resulta indigerible, algo que se diluye. Cualquiera puede versificar, incluso ser un artífice de la versificación. Pero eso no es poesía. Lo cual no significa que la poesía no deba pulirse, sino que antes de pulirse debe ser ya poesía..

Se nace poeta como se nace tuerto o sordomudo. Lo demás es pasatiempo más o menos cultivado, más o menos empeñoso. No es cuestión de barbas ni de romanticismo. Tampoco el poeta es un lujo de la sociedad (como dijo nuestro diario), o un ave canora apta para amenizar fiestas. Es un ser humano como cualquier otro y es preferible que no viva de la limosna de nadie, para poder decir lo que se le antoje. No necesita pertenecer a ninguna tendencia política. El compromiso no lo asume llenando formularios sino frente a su conciencia.

La poesía -finalmente- es misterio, delirio cósmico, juego de vivencias profundas que de otra manera no saldría a la superficie. Pero dentro de lo posible no debe ser un canto a uno mismo. Hasta cierto punto uno debe ser el poeta invisible de que habla Neruda en uno de sus poemas, el que va recogiendo los problemas de los demás para compartirlos, olvidándose de los propios.

----- oooo -----

Datos: Nacido en Dos Arroyos, Misiones, el 8 de julio de 1933.

1960: título de abogado en Universidad de Córdoba.

1969: " de profesor de filosofía en Posadas.

1965: "Horas que fueron pacto".

1970: Profesor de "Derecho Constitucional" en Inst.del Profesorado Prov.

Cargo actual: Defensor Oficial en lo Penal.